

Conferencia con Fernando Savater: "Ética y Ciudadanía"
Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey, núm. 8, 2000, pp. 155-172,
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38400809>



Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey,
ISSN (Versión impresa): 1405-4167
claudia.lozanop@itesm.mx
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
México



Conferencia con Fernando Savater: "Ética y Ciudadanía"

Esta conferencia se llevó a cabo el día 3 de mayo de 1999 como una de las actividades de la Cátedra Alfonso Reyes en el Centro Cultural del Tecnológico de Monterrey, Auditorio Luis Elizondo. Agradecemos a Sylvia Garza, Secretaria Técnica de la Cátedra, el habernos proporcionado el material y autorizado la publicación de la misma.

Bueno, yo hoy, quería plantear unas cuestiones que probablemente les sonarán a ustedes como conocidas y que, sin embargo, son las que me han ocupado más extensamente a lo largo de los últimos años, es decir, la relación entre la ética, que es el campo al que yo me he dedicado más profesionalmente y en el cual soy quizás menos incompetente, y la ciudadanía, que cada vez más me parece que es una disposición esencial para entender no sólo nuestro presente, sino sobre todo nuestro futuro, es decir, si pensamos en el futuro de nuestros países, de nuestras democracias, desde conceptos brumosos y a veces caníbales como es el concepto de pueblo, de etnia, de todos los conceptos grupales cerrados que tienen más referencia hacia el pasado que hacia el futuro y cuyos efectos dramáticos estamos viendo hoy, por ejemplo en Europa, un mundo digamos, dividido en colectividades tribales, cerrado sobre tradiciones inescrutables que entre sí sea impermeable e incapaz, digamos, de abrirse a las verdades de los demás, a las formas y a las creaciones de otros, yo creo que ese mundo será un mundo indivisible; será un mundo de *ghettos*, en el que superpondrán las diversidades de los colectivos pero los individuos estarán obligados a una uniformidad dentro de cada uno de esos grupos, porque muchos de los defensores de la diversidad étnica, sin embargo, luego reclaman la uniformidad dentro de cada uno de esos grupos y yo creo que en cambio, el concepto de ciudadanía es el concepto de aquellos que entran en la democracia sin renunciar a sus raíces y a sus tradiciones, pero poniéndolas como entre paréntesis, dejándolas en un principio a un lado para intervenir en lo que tienen en común con otros. Lo propio del ciudadano no es reivindicar lo propio en el sentido de lo único, de lo que uno tiene y nadie más tiene, sino al contrario, buscar lo común con los otros, mientras que la men-

talidad tribal etnicista busca lo propio, y por lo tanto, lo intransferible.

La ciudadanía es lo que busca aquello en lo que todos podemos estar más o menos en público, lo que podemos intercambiar; no razones cerradas sobre sí mismas, sino ese tipo de razones que se pueden dar a los otros; no el mundo, digamos, de lo inescrutable, de lo misterioso, de lo que no se puede entender si no se ha nacido aquí, y no se ha vivido en una forma determinada, sino el mundo de lo que puede explicarse a los demás porque está al alcance de cualquier ser dotado de razón, el mundo de las leyes claras, revocables; el mundo donde todos los seres humanos participan en la gestión del presente y sobre todo del futuro, que ese es el mundo de la ciudadanía.

Los primeros ciudadanos, la primera idea de ciudadanía en Grecia, surge cuando los padres de familia, los cabezas de familia mejor dicho, renuncian a defender exclusivamente los intereses de su familia o de su tribu, de su *genes*, de su *demos* y se dedican a intentar buscar lo que tienen en común con los otros cabezas de familia con los que conviven. El momento en que cada cual renuncia a ser exclusivamente portaestandarte de su pequeño núcleo vital y lo abre para asumir aquello que está en la plaza pública, aquello que comparte con los otros, eso es el nacimiento de la ciudadanía. Y cada vez más me parece que nuestro mundo, el mundo futuro, el mundo del siglo venidero, debe ser un mundo de ciudadanos, es decir, un mundo donde cada uno tenga derecho a reivindicar, por supuesto, su lengua, su tradición, su religión, su forma de vida o de convivencia, pero que esos sean derechos que tiene cada persona sin estar obligada por un grupo a comportarse de una forma determinada y no de otra, es decir, que cada persona pueda elegir eso que algunos sociólogos actuales como Bauman y otros llaman "*habitats* de significado", que cada uno de nosotros tenga o cree su propio *habitat* de significado, en el cual tome aspectos simbólicos de su vida de una tradición, otros de otra. Algunos aspectos de nuestra ética los tomamos de una corriente de nuestra economía lo tomamos de otra, es decir, que cada uno creamos nuestros propios marcos de significado que no tuvieran que ser, no tienen que responder a una pauta establecida obligatoriamente desde fuera. Todos tenemos muchas identidades, somos cada uno de nosotros legión como en la Biblia, en el evangelio, se dice de aquel demonio que se encerraba en la fiera de Gabara, somos cada uno de nosotros legión en el sen-



tido de que a la vez podemos ser padres o madres, podemos ser amantes, podemos ser discípulos, podemos ser maestros, podemos ser fanáticos de la ópera o del fútbol, podemos ser lectores, podemos ser personas ligadas a tradiciones, a aficiones, etcétera; cada uno de nosotros tiene muchas identidades y cada una de esas identidades crea un hábito de significado. Lo propio de la ciudadanía es permitir albergar dentro de unas pautas, de unas normas comunes con otros, la mayor cantidad posible de *habitat* de significado. Esta situación del ciudadano... este ciudadano que a la vez inventa, revoca, participa en las leyes; sabe que esas leyes hay que tomarlas en su momento como definitivas, pero que a la vez como algo que puede modificarse por acuerdos sucesivos, eso, digo, está ligado también a una concepción de la ética.

La ética obviamente es una reflexión individual que cada uno de nosotros lleva a cabo sobre su propia libertad; la ética no es un instrumento que se maneja desde fuera contra los demás, no es un instrumento para formular reproches o para formular acusaciones a los otros como desgraciadamente la mayoría de las quejas éticas que oímos son protestas porque falta ética, porque los demás no tienen ética, porque los políticos, los banqueros o lo que sea no tienen ética. En el fondo la ética, en el sentido fuerte y significativo del término, es una reflexión que cada uno tiene que hacer sobre su propia libertad, porque cada uno de nosotros no conoce más que a un sujeto desde el punto de vista de la libertad, que es a sí mismo. Vemos los efectos de lo que hacen los otros, pero no estamos dentro de ellos para determinar cuáles son sus objetivos, su intención, su buena o mala fe; en cambio, estamos en el interior de nosotros mismos y por eso el juicio ético es un juicio sobre nuestra propia plenitud, sobre nuestra propia excelencia como seres humanos. Naturalmente ese juicio ético versa sobre nuestra actitud o nuestra acción como seres humanos en relación con otros. No somos seres aislados. Una cosa, cuando se habla de individuo siempre hay una imagen de un individuo como alguien encerrado, separado o desligado de los demás; nada más falso, es decir, la individualidad es un producto de la sociedad, las sociedades, según han ido evolucionando más, se han ido sofisticando más, han ido alejándose del tribalismo y de la mentalidad digamos, colectivista, mágica, teocrática, etcétera, del pasado. Según la evolución, las sociedades van produciendo más individualidad. La individuali-

dad no surge contra la sociedad, sino que es parte de la evolución de la sociedad. Por lo tanto, los individuos no son individuos asociales, no son individuos en contra de la sociedad. El individualismo no es una forma o no debe ser una forma de escapar a las obligaciones de la sociedad, sino precisamente una forma de afrontar nuestra vida en común con los otros y lo que quiere decir el individualista o la actitud o el punto de vista de la perspectiva individualista es que cada persona tiene que ser consciente de su capacidad de acción, de su capacidad de intervención, de su responsabilidad en el conjunto de los demás, que no puede simplemente ser un engranaje, que no es simplemente una parte de un organismo general como los corales que están formados por muchos seres unidos, pegados indisolublemente, sino que el individualismo es una posibilidad de intervención social a partir de la responsabilidad de la persona, pero no una posibilidad de desligarse totalmente y de abandonar la sociedad, entre otras cosas porque somos seres irremediablemente sociales. Cada uno de nosotros piensa, reza, teme, ama en un lenguaje que no ha inventado. El lenguaje que vivamos cada uno de nosotros es un lenguaje que no hemos inventado y que nos han transmitido los demás; es la sociedad dentro de nosotros. Aun en soledad, Robinson Crusoe, en su isla, hablaba y pensaba consigo mismo en un lenguaje en el cual estaba ya de alguna forma todo el hecho, todo el conjunto de sentidos que los demás nos dan. Son los demás los que nos hacen humanos, la humanidad no es algo que brote en nosotros con una espontaneidad de flor o de geranio, como algo que brota sin que nadie lo riegue o cultive. Lo que la humanidad es, es una capacidad de una forma de vida que nos damos unos a otros, es, digamos, esa especie de matriz social, el útero de la sociedad, aquel del cual nacemos por segunda vez, nacemos fisiológicamente del útero materno y luego nacemos humanamente, socialmente, de ese útero que forma la comunidad humana en la cual aprendemos el lenguaje, en la cual vemos los rostros de nuestros semejantes y ese es el segundo nacimiento de cada uno de nosotros. Por lo tanto, la ética que se ocupa del sentido de la libertad del individuo, no deja de estar también ligada con esa visión de la ciudadanía, con esa visión de una forma política en que los individuos no son miembros de un gran organismo colectivo, sino que pueden tomar decisiones que no son puramente miembros de una etnia, de una tribu, miembros de una raza, miem-



bros de un género o de un sexo, sino que son sujetos de acción social, cada uno con sus determinaciones, cada uno con sus derechos, pero también cada uno puesto en común con los otros.

Lo característico del ciudadano es su capacidad para ponerse en común, su forma de ser, su forma de pensar con los demás. No hay ciudadanos que se aíslen o que se hurten a la relación con los otros. La imagen ciudadana por excelencia sigue siendo la imagen de Sócrates en el Ágora parando a la gente, haciéndole preguntas, interviniendo, siguiendo a las personas en sus tareas cotidianas; esa es la visión de la ciudadanía, no una visión que se aparta como la del sabio oriental, por ejemplo, que se va a un monte y se encierra en una cueva y no quiere saber nada de los otros, sino que la sabiduría ciudadana es la sabiduría del que al contrario desciende, hacia los demás, los busca ahí donde estén, intercambia con ellos opiniones, no solamente razona sino que es capaz de escuchar razones, porque ser racional no solamente es ser capaz de razonar, sino ser capaz de entender las razones de los otros. Muchas veces creemos que una persona es evidentemente racional o racionalista cuando es muy capaz de argumentar sus actitudes. Un ciudadano tiene que ser capaz de argumentar sus demandas, de argumentar sus deseos y sus planteamientos sociales, pero tiene también que ser capaz de entender los razonamientos de los demás, los planteamientos de los otros; de entender la capacidad racional; precisamente el conjunto de los ciudadanos que no obedecen más que a leyes, es decir, que no obedecen más que a pactos entre ellos mismos, tiene que tener por encima de los demás ciudadanos, no puede haber un tirano, no puede haber una decisión sobrehumana, sino lo que tiene que haber es la razón misma, la capacidad de entender, de escuchar, de argumentar, de intercambiar opiniones y de intercambiar motivos para tomar un camino u otro. En ese sentido yo creo que la ética tiene mucho qué ver con la ciudadanía y cada uno de nosotros cuando reflexiona, yo creo, en general, cuando hacemos nuestras reflexiones éticas, buscamos la forma mejor de ciudadanía. Muchas veces a los profesores de ética se nos dice: Qué sentido tiene enseñar valores morales, enseñar principios éticos, enseñar pautas de vida a unos niños, a unos jóvenes que van a tener que vivir en un mundo en el que abundan los crímenes, las mentiras, la co-

rrupción, las guerras, la violencia; qué sentido tiene prepararles éticamente para un mundo tan poco ético. Bueno, yo confieso que no entiendo muy bien esta objeción, porque entonces ¿qué es lo que habría que hacer? ¿Habría que prepararles para que fueran más corruptos, más criminales, más explotadores, más violentos que los demás? Precisamente porque el mundo en conjunto no es ético, es por lo que hay que preparar éticamente a las personas; precisamente porque el mundo no es como nos gustaría que fuese, tenemos que intentar inculcar ideales de transformación y de reforma en los jóvenes, si no, no tendría ningún sentido. Si el mundo fuera un lugar perfecto, idílico, donde los seres humanos vivieran fraternamente y no se aprovecharan unos de otros y no utilizan la violencia en sus relaciones, no habría nada qué enseñar y los profesores de ética nos moriríamos de hambre y bastaría con decirles a los niños, a los jóvenes: "hijo, sal a la calle y haz lo que veas" y ya está, y eso acabaría digamos con el problema de la ética.

Precisamente porque el mundo no es así es por lo que hay que reflexionar sobre los valores y sobre el tipo de mundo que queremos. Si esto no nos parece bien, ¿cómo quisiéramos que fueran las cosas? Y si las cosas no van a cambiar de golpe de un día para otro, ¿no podría ser que al menos yo y las personas frente a las cuales o sobre las cuales tengo alguna influencia, intentáramos cambiar para comenzar a transformar las cosas en algo distinto, en algo más libre, en algo digamos, más plenamente humano de lo que ahora vemos? Ese es el reto de la ética. Muchas veces habrán ustedes oído hablar en uno de esos tópicos que se menciona muy frecuentemente: la crisis de los valores... "en nuestra época ya no hay valores". Bueno, esos son normalmente planteamientos de moralina que lo único que quieren decir es que algunos prejuicios que se tenían antes ahora no se tienen, que zonas de epidermis que antes no se mostraban, ahora se muestran, cosas de ese tipo que no tienen nada qué ver con la moral, no tienen nada qué ver; tienen qué ver con la superstición, no con la ética. La ética trata de otro tipo de cosas, trata de buscar una plenitud humana que no tiene nada qué ver con rutinas ni con gasmonerías de este tipo, entonces cuando se habla de crisis de los valores, ¿cómo podrían no estar en crisis los valores? Los valores siempre están en crisis, porque el valor surge de la crisis misma. Si yo voy por la calle y veo a un tipo de dos metros pegando a un niño de cinco años para robarle un "chupachup", evidentemente



ahí surge una crisis de valores, es decir, yo no quiero que esas cosas ocurran, creo que no deberían ocurrir, creo que eso está mal, entonces por eso surge el valor como mi resistencia a aceptar que eso es bueno, como digo: "eso no debe ser" propongo otro tipo de valor, el valor por ejemplo de que los adultos no deben maltratar a los niños o de que los fuertes no deben aprovecharse de los débiles, entonces el valor surge de la crisis. Si las cosas no estuvieran mal, no nos daríamos cuenta de que hay valores; precisamente nos damos cuenta de que hay valores porque no nos gusta lo que hay. Los valores son nuestra forma de resistirnos al conformismo con lo que hay. Entonces la idea que no sé a quién se le ha ocurrido, de que los valores son una cosa que está ahí, y que está establecida y que ha habido épocas en que la gente por la mañana abría la ventana y veía un mundo en el que todo estaba tal como debía estar, decía: "¡qué bien está todo!" "¡Cómo todo mundo cumple con su deber!" "¡Cómo todos los seres humanos son maravillosos y abnegados!". Eso realmente no existe.

El testimonio escrito más antiguo de nuestra cultura, de la tradición escrita que conocemos, es un texto que se encontró en una tumba egipcia aproximadamente de 2500 años a.C. y que se le llama "La canción del desesperado". En realidad es un texto que era una especie de testamento que estaba enterrado en una tumba junto probablemente a la persona que lo había compuesto, que lo había pensado. Y una vez que se descifró ese texto, el texto decía:

Este mundo es un lugar terrible, los militares son violentos, los jueces son prevaricadores, los comerciantes engañan en el peso, las mujeres traicionan a sus maridos, los hombres han perdido el sentido del deber, las cosas no pueden seguir así; este mundo se acaba.

Y esto lo decía 2500 años a.C., es decir, tomémoslo con calma porque parece que la situación, digamos la gravedad de la situación, la sensación de que el mundo no cumple nuestras expectativas, es una sensación tan antigua como la propia reflexión moral. Precisamente la reflexión moral surge de la convicción de que las cosas no responden a lo que nosotros quisiéramos, que son, digamos, una persona que tiene conciencia moral, siempre es que tiene mala conciencia, es decir tiene una conciencia que de alguna forma está poco a gusto consigo mis-

ma. La imagen de alguien que está perfectamente satisfecho consigo mismo, de alguien que cree que todo lo hace perfectamente, moralmente muy bien, que no tiene dudas y de alguna manera vacilaciones morales, no es una imagen ética, es la imagen del fariseo, es la imagen del filisteo o es la imagen del fanático que es muy peligroso, porque el fanático, como decía Voltaire, es el que dice: "Piensa como yo o muere", y eso desgraciadamente ha sido la norma durante mucho tiempo y hoy desgraciadamente también estamos viendo que en algunos países y en algunos lugares del mundo hay este mismo principio del "piensa como yo o muere" y del que la única forma de conciliación es: "o dices que adoptas mis principios o vas a ser exterminado". Entonces la ética yo creo que tiene que sentir una complicidad con el proyecto de ciudadanía. La reflexión moral es a la vez una reflexión sobre el papel de los ciudadanos. ¿Por qué?

Hablando antes con los periodistas que amablemente estaban en la rueda de prensa conmigo, alguien mencionó el nombre del filósofo francés Gilles Lipovetski, quien en su libro *El Crepúsculo del deber*, planteaba un principio que me parece muy interesante: "El código genético de nuestras democracias es una ética laica racional de los derechos humanos". Eso es, en cierta medida, el código genético, lo que la democracia lleva corriendo por su sangre. No puede haber una democracia en la cual los principios sean unos principios religiosos dogmáticos que unos compartan y otros no. No puede haber una democracia en la cual unas personas porque tienen un color de piel determinado o pertenecen a unas etnias determinadas, o que han nacido de una forma o en un lugar determinado o que hablan una lengua determinada tengan unos privilegios respecto a los que no gozan de esa misma situación. No puede haber una democracia en la cual los valores morales sean injustificables; es decir, donde no pueda haber un debate, donde no pueda haber una racionalización colectiva respecto a lo bueno, a lo malo, a lo regular, a lo debido, a lo indebido. Yo creo que el hecho de nuestro código genético es efectivamente ese tipo de ética capaz de dar razones; esa ética que no prescinde de que cada cual tenga sus propias ideas religiosas, pero que en principio no se mantiene en el plano inmanente; en el plano de este mundo que es lo que conocemos y lo que podemos compartir, otros tendrán sus propias creencias sobre ellos. Y luego una



ética racional, es decir, una ética capaz de dar cuenta y darse cuenta de lo que cree, no una ética llevada exclusivamente por movimientos inefables, sino una ética que expresa puntos de vista, que es capaz de mostrar la perspectiva, al decir “ven aquí y mira desde donde yo estoy”, porque en el fondo la actitud moral es la capacidad de ponerse en el lugar del otro.

Entonces la forma de colaborar moralmente con los demás, es decir: “ven aquí, mira desde aquí” y la disposición moral, la disposición de ir adonde está el otro y mirar desde ese ángulo, desde ese punto de vista. Yo creo que esas son disposiciones necesarias, importantes desde un punto de vista de la ciudadanía. La ciudadanía tiene que hacernos permeables a las razones de los demás. Si nos convertimos en seres totalmente impermeables, que no tenemos nada qué decir, que no tenemos nada qué expresar, que no tenemos nada qué intercambiar, que nos movemos llevados por extrañas fuerzas de la naturaleza telúricas: la voz de la tierra, la voz de la sangre, la voz de no sé qué, de esas cosas que no son seres humanos, y por tanto cuya voz sólo la interpretan algunos y no los demás porque, lo malo de la tierra, de la sangre, del pueblo y de la etnia es, que como ellos no hablan porque no son humanos, hablan en su nombre determinadas personas. Entonces cuando uno cree en la voz de la tierra, tiene que creer a determinado señor o señora que dicen que ellos son la voz de la tierra y que la conocen muy bien y por eso la representan. Cuando uno tiene que creer en la voz de la sangre es porque escucha a alguien que dice que él es el que interpreta y sabe lo que es la voz de la sangre y así todo lo demás; en cambio, cuando alguien dice: “créame usted a mí, yo voy a hablar en mi nombre, yo le voy a decir lo que yo pienso”, entonces no hace falta más que creer a esa persona. Esa persona no está hablando respaldada por ninguna especie de nebulosa cósmica, sino que simplemente es un ser humano semejante a mí, dotado de razón, que intercambia puntos de vista conmigo. Eso es imprescindible para una convivencia cuerda, para una convivencia razonable, para una convivencia verdaderamente humana en un sentido no depredador del término. Naturalmente este tipo de ciudadanía es algo que tiene dificultades de instauración, es decir, muchos países que se dicen muy ciudadanos, están llenos de prejuicios, exclusiones, marginaciones de todo orden y por lo tanto la ciudadanía se termina por convertir en una pa-

labra cada vez más vacía; una palabra en la cual no confluyen las personas sino que al contrario las personas se van separando porque hay palabras -todos lo sabemos- muy prestigiosas, términos que todo el mundo elogia mucho pero que luego en la realidad se convierten en lo contrario de lo que dicen. Yo lo aprendí en Colombia hace unos años. Yo estaba dando unas charlas en un pequeño instituto de una ciudad, una provincia en Colombia y a la cual acudía gente de medios rurales, entonces dije: "Vamos a hablar de la solidaridad". "¿Sabes lo que es la solidaridad? ¿Sabes lo que es ser solidario?" Entonces un niño de entre 12 y 13 años se levantó y dijo: "yo sí sé lo que es ser solidario". "Bueno", le dije: "explícalo a los demás" y me dijo:

Bueno, eso es como cuando en la aldea que hay mucha basura y hay restos, papeles y botes y cosas abandonadas, entonces alguien dice "venga, vamos a limpiarlo todo", inmediatamente pues, uno va y se pone a limpiar las cosas y vienen los demás y entre todos empezamos a limpiar la aldea, pero de pronto alguien dice "¡ay!, me duele la cabeza", el otro dice "mi mujer me espera, tengo que irme, me he puesto malo" y al final se queda uno completamente "solidario".

Bueno, a mí me pareció una buena explicación de que efectivamente a veces las cosas son así. Es decir, todos hablamos de que la solidaridad es algo muy hermoso, pero luego, dejamos completamente "solidarios" a los que quieren realmente ejercerla. Entonces, la reflexión ética es un intento de dar contenido sustancial a esas palabras prestigiosas de la ciudadanía. Qué bien está la solidaridad pero qué mal está cuando la solidaridad se entiende de este modo que con tanta gracia explicaba este niño, y por otra parte, con tanta perspicacia.

¿Cuáles pueden ser los valores éticos que a la vez son valores ciudadanos, los valores que más nos pueden interesar o importar? Hay una base en la ciudadanía que es la inviolabilidad de la persona, es decir, el ciudadano desde el punto de vista político y desde el punto de vista ético representa algo más allá de lo cual no se puede ir, algo inviolable. No puede ser sacrificado en beneficio de determinados objetivos, de determinadas metas, de determinadas ideas por muy valiosas que sean. Aquella vieja historia que planteaban Rousseau y otros que decían:

si en la ciudad perfecta, en la ciudad armoniosa, en la ciudad de la paz, en la ciudad donde todo el mundo estaba contento, de pronto alguien supiese que toda esa armonía y toda esa paz social se debe a que una persona en un calabozo ignoto que los demás desconocen está siendo torturado injustamente día y noche y que ese es el precio que hay que pagar por la paz y la armonía y la prosperidad del resto ¿entonces qué?

Pues bien, desde el punto de vista tanto de la ética como de la ciudadanía, ese precio sería innoble, ese precio no compensaría, no se podría pagar. No se puede pagar un precio que importe la exclusión, la injusticia, la tortura, el abandono de una persona en nombre de que así se conseguirá tal o cual objetivo colectivo que incluso en sí mismo puede ser bueno. De modo que la inviolabilidad me parece un principio a la vez ético y ciudadano esencial. Por otra parte, la autonomía de la persona, es decir, la capacidad de que la persona ética y ciudadanamente rija su vida de acuerdo con unas pautas y con unos objetivos propios. Ninguno sabemos qué es en términos absolutos, lo bueno y lo malo, de modo que cada uno tiene que intentar buscarlo a su modo. Cada uno debe tener derecho a equivocarse por sí mismo, en una palabra. Esos seres bien pensantes que tienen todo claro y que se obligan a imponérselo a los demás quieran o no, fallan tanto en ética como en ciudadanía: en ética, porque un bien que se impone a los demás deja de ser un bien y desde el punto de vista moral, sólo es valioso el bien que surge de uno mismo, nunca el bien que se le impone a uno desde fuera de manera coactiva, y desde el punto de vista ciudadano, porque esas personas que tratan de salvar a los demás a pesar de sí mismos me recuerdan siempre a aquel célebre cuento que me contaban en el colegio, el del *boy scout* que cuando su instructor le llama al final del día, le dice: "¿Qué buenas obras has hecho hoy?" El *boy scout* le dice: "he ayudado a cruzar a un ciego la calle", y el instructor le dice: "¿Pero en todo el día no has hecho más que eso?" "Es que el ciego no quería cruzar la calle ni en broma".

El mundo está lleno de personas muy bien dispuestas, empeñadas en hacer cruzar a los ciegos calles que no quieren cruzar, entonces quizá haya que dejar a los ciegos que decidan en qué acera de la calle tienen que estar y no se les obligue a intentar cruzar de una calle a otra. El mundo, la ciudadanía tan-

to como la ética, están basadas en esa capacidad de equivocarse o de acertar por uno mismo. En una de sus cartas inglesas dice Voltaire hablando de Inglaterra y de la pluralidad religiosa y la tolerancia religiosa que había en Inglaterra en contraste con la de más rigidez en Francia, decía Voltaire: "en Inglaterra cada uno va al cielo o al infierno por el camino que prefiere." Ésta es la idea, es decir, naturalmente que tiene que haber un punto o unas leyes, un marco común, pero después de eso, la búsqueda de una excelencia personal, la búsqueda de una plenitud vital es tarea de cada una de las personas. El paternalismo ético, ese paternalismo que hace que el estado sea el encargado de decirnos a todos lo que debemos tomar o lo que no debemos tomar, a dónde debemos ir, a dónde no debemos ir, a qué horas debemos acostarnos, qué debemos ver, qué nos debe divertir, qué proyectos... bueno, eso realmente va en contra de unas libertades básicas que hacen, que además dan su sentido a todos los planes vitales. La gracia del plan vital es que lo elegimos cada uno. Naturalmente lo elegimos cada uno viniendo a otros, hablando con ellos, presentándonos ideales morales. Nadie se inventa una forma de vida totalmente aislada, pero tampoco nadie puede ser obligado a ser bueno de una forma que no corresponde a lo que él cree que es el bien y por lo tanto, la autonomía, el respeto a la autonomía, a los planes de excelencia de cada persona, yo creo que es otro de esos valores éticos, ciudadanos, fundamentales que hay que respetar.

Otro valor que a mí me parece esencial y que quizá en nuestra época sea el más escuchado, más repetido, es el de la dignidad de cada una de las personas. Dignidad entendida de la persona por ser humana, no por ser blanca o por ser negra, o por ser hombre o por ser mujer, o por ser religioso o por no serlo, sino simplemente por ser una persona como nosotros, es decir, un semejante. Entonces la dignidad de la persona es no juzgar a nadie por nada que esa persona no haya hecho o no pueda remediar. Si uno juzga a otro por su color, si juzga a otro por algún defecto físico o por su sexo, o incluso si lo juzga por su ignorancia puesto que no ha sido educado, o por lo que sea, de alguna forma está conculcando la capacidad de crédito que tenemos que dar al otro. A las personas hay que juzgarlas por lo que hacen. Entonces, en todas las razas, en todos los sexos, en todos los grupos humanos, hay personas excelentes, capaces, abnegadas, creativas y personas que son todo lo contrario, y hay que juzgar y reconocer a las personas por esas capacida-



des y no por su procedencia. No digamos si además se les juzga por su genealogía, por sus antepasados o por su linaje o por la buena familia o mala de la que provienen. La dignidad es considerar a cada persona como alguien proyectado hacia un futuro de acciones y de libertad, y no simplemente condicionado por la necesidad, la tradición y la genealogía previas a él y esto yo creo que nuestro mundo es más importante cuando estamos viendo, desgraciadamente por ejemplo, en países como la ex Yugoslavia, aunque no solamente ahí, estamos viendo cómo personas que han convivido juntas, personas que se tenían unas más simpatía y otras menos como se tienen los vecinos, como se tienen las personas que conviven y de pronto de un día para otro llevados por la propaganda, por el fanatismo, por ideólogos enloquecidos, no pueden convivir con quienes hasta ayer convivían perfectamente porque han descubierto que es servio, que es kosovar o que es croata o que es musulmán, y eso imposibilita lo que antes era una convivencia que no se basaba en ningún prejuicio, sino que se basaba simplemente en las cosas que sabemos unos de otros. Yo recuerdo la impresión que me produjo, hace tres años quizás, cuando en el periódico en que yo habitualmente colaboro, en *El País*, vino un periodista de Sarajevo y nos dijo:

yo os juro que hace tres o cuatro años no sabía de dónde era nadie de los vecinos que vivían en mi casa, yo no sabía si el vecino de arriba era croata, no sabía si el vecino de abajo era bosnio o musulmán, no sabía si el portero era servio. Es decir, yo convivía con ellos sin haber preguntado nunca ese tipo de cosas y vivíamos, como señores que éramos, ciudadanos de Sarajevo sin más. Cada uno teníamos nuestras tradiciones, cuando llegaba el domingo unos iban a misa, cuando llegaba el sábado unos iban a su Sabath judío, lo que sea. No había la idea de que yo estaba pendiente de lo que había. De pronto, de un día para otro fue decisivo enterarse de la religión del uno, de la raza del otro, de la etnia del otro porque si no, estábamos perdidos, porque se había decretado la caza del diferente, del distinto.

Esto es lo que va directamente en contra de la dignidad de la persona. Las personas debemos tener de alguna forma una disposición favorable sin saber de lo que pueden ser sus tradiciones, sus colores de piel o todo lo contrario. Todo lo que no sea eso es incurrir en lo que San Pablo en una de sus epístolas hablando de Jehová, del Dios en el que él creía, que no era

muy simpático por cierto, dice San Pablo que Jehová nunca comete *prosopolepcia*. La *prosopolepcia* es una palabra terrorífica, lo comprendo, pero ahora se los aclaro, es una voz griega, (si ustedes recuerdan, los que conozcan algo de esa lengua, saben que *prosopon* es máscara, y de ahí vienen también luego las expresiones que después quieren decir la persona. La máscara, el *prosopon*, es la máscara que se ponían los actores en la tragedia, y *lapsus* es error, equivocación, como en nuestro lenguaje habitual. *Prosopolepcia* es confundir a alguien con su máscara, equivocarse y creer que alguien es su máscara. Entonces dice San Pablo que Jehová nunca comete *prosopolepcia*; es decir, nunca toma a nadie por su máscara. Todos llevamos máscara puesta. Las máscaras de esas identidades que decíamos: somos padres, somos madres, somos varones, somos hembras, tenemos tales o cuales creencias, somos ingenieros, somos catedráticos, todas son máscaras. Entonces debajo de esas máscaras está la realidad humana de cada uno y Jehová, decía San Pablo, no se equivoca y no confunde a nadie con su máscara. No juzga a nadie por una clasificación previa de las máscaras, sino por la persona que hay y que maneja esas máscaras bien o mal de acuerdo con su comportamiento. La dignidad humana se basa en no confundir a nadie con su máscara, en saber que lo importante es que debajo de todas las sucesivas identidades que podemos ir adoptando, que podemos intercambiar con los demás, hay una realidad de la intención, una realidad en nuestra libertad, y de cómo se expresa, que esa es la verdad de cada uno de nosotros y que eso debe ser respetado por los demás, puesto que nada nos va a respetar, más que los otros seres humanos. En el universo, ni los terremotos, ni la naturaleza, ni la biología, nada va a respetarnos. El ser humano no cuenta nada en el universo. A pesar de todos los entusiasmos ecológicos de nuestro siglo, la naturaleza tiene un desdén olímpico y quizás justificado por nuestros proyectos, por nuestras personas y por todo lo demás. Nadie va a tomarnos en serio más que nosotros. Por lo tanto, la dignidad humana es la capacidad de rescatarnos de la insignificancia que tenemos los humanos unos con otros. Solo los humanos podemos salvarnos de la insignificancia unos a otros. Si esperamos que el sentido de la vida nos venga de una ilusión trascendental estamos perdidos. Sólo otros seres humanos como nosotros nos pueden rescatar de la insignificancia, reconociendo nuestra dignidad de seres pensantes que se saben mortales y esa es la



base de la dignidad humana y por lo tanto eso es también una base que está relacionada con la ética y con la ciudadanía.

Y luego hay otro valor que es la solidaridad de la que hablaba este niño, o si quieren ustedes también, la dimensión de auxilio, es decir, los seres humanos tenemos principios muy distintos, creemos en cosas muy diferentes, gustos, objetivos, pero compartimos algo fundamental que son nuestras necesidades. Es decir, si no estamos, si no nos parecemos por nuestros principios, al menos nos parecemos por nuestras necesidades y por lo tanto, la capacidad de auxilio nos la brindan el constatar las necesidades que entendemos. Sabemos que la gente necesita comer, que necesita abrigo, que los niños necesitan protección y no maltrato, que las mujeres embarazadas deben ser tratadas de otra forma que las que pueden valerse por sí mismas, que los ancianos deben tener algún tipo de reconocimiento y de protección social; es decir, todo eso forma parte de que conocemos nuestras necesidades. No es cierto que no sepamos lo que quieren unos y otros. Todos tenemos muchos caprichos y queremos cosas muy raras, pero hay unas necesidades básicas que son imprescindibles y esas necesidades básicas son las que motivan nuestro auxilio. Yo no necesito saber cuál es la psicología personal de cada uno de los refugiados kosovares que están atiborrando los campos de refugiados para saber lo que necesitan. Esas personas yo sé lo que necesitan imprescindiblemente ahora, por supuesto, que una vez que tengan cubiertas todas sus necesidades, cada uno de ellos tendrá sus gustos, sus apetencias, sus intereses, pero en principio, lo básico, lo fundamental, yo lo sé, porque son necesidades que comparto yo también con ellos, y por lo tanto hay una posibilidad de reconocimiento de lo que necesitamos, esa especie de lo que se ha llamado "compasión". La compasión es padecer con el otro, o simpatía, en una palabra es la misma, es el mismo mecanismo. Es la capacidad de sentir lo que el otro padece y de intentar remediarlo. La sociedad de los ciudadanos, la sociedad democrática, es la sociedad en la que nadie está abandonado por los demás o por lo menos debería serlo y hay en este punto que recordar que la ciudadanía siempre tiene que tener una cierta base material. Es decir, desde la época griega, y no en tiempos más recientes, ya en la Atenas clásica a los más pobres, el grupo social les daba unos subsidios, unas ayudas porque se consideraba que si alguien estaba totalmente atenazado por la pobreza, no digamos por la igno-

rancia o por la falta de educación, no podía participar en la vida ciudadana. Hoy en nuestro mundo es ridículo seguir hablando de ciudadanía cuando hay personas que no tienen cubiertos ninguno de sus mínimos vitales. Esas personas están excluidas radicalmente de la ciudadanía, a pesar de que se haga la representación de que son ciudadanos como los demás. Los ciudadanos tienen que tener una base mínima y yo creo que debería existir un ingreso mínimo básico de ciudadanía, asegurado a cada ciudadano más allá de que, no como un subsidio, sino simplemente como un punto de partida para esa persona para entrar en la sociedad. Más allá de que esa persona trabaje mucho o poco o se dedique a tareas más productivas o menos, debería existir un mínimo vital asegurado que formara parte de la ciudadanía, porque sin eso, insisto, hablar de ciudadanos que en el fondo se desentienden de los demás, que dejan caer o perderse en el vacío a otros, es ridículo.

Vivimos en tiempos muy liberales en que se habla mucho de la iniciativa individual, de la iniciativa privada, cosa que está muy bien, pero la riqueza conseguida por medio de la iniciativa individual o privada no deja de ser también social. Toda riqueza es social. Evidentemente se puede llegar a ella a veces, considerando la mejor de las situaciones, por medio de una gran capacidad de trabajo o de una iniciativa afortunada de la persona, pero eso no quita la obligación social de esa misma riqueza, porque sin el resto de la sociedad, aunque sean más tontos y aunque sean menos trabajadores, esa persona no se hubiera hecho rica. Por lo tanto, hay siempre una obligación de conservar un cierto equilibrio entre lo más alto y lo más bajo de toda la sociedad para que funcione el concepto de ciudadanía, si no tampoco funcionará. Como ven, estos son principios en los que se mezclan los valores éticos y los valores ciudadanos. La ética sirve para reflexionar sobre esos valores de ciudadanía y para intentar potenciarlos y para intentar desarrollarlos al máximo, y de ahí uno de los valores también importantes que es la tolerancia, pero, ¿qué quiere decir la tolerancia?

Tolerancia no es el desinterés, no es la idea de que a uno le dé absolutamente igual lo que piensen los demás o de que uno crea que todas las opiniones son igualmente buenas, porque una cosa es ser tolerantes y otra cosa es ser imbéciles. No es lo mismo tener un espíritu amplio que un espíritu vacío, pero la tolerancia es la disposición dentro de determinadas pautas le-

gales a soportar aquello que no nos gusta; es decir, sólo toleramos lo que no nos gusta. Lo que nos gusta evidentemente lo aprobamos, lo aceptamos y lo practicamos. Hay cosas que no nos gustan; hay cosas en una sociedad plural que nunca nos van a gustar. No a toda persona tiene que obligatoriamente parecerle bien todo; no toda persona tiene obligatoriamente que estar de acuerdo con todas las formas de vida, todas las disposiciones sexuales, con todos los comportamientos a su alrededor. No es obligatorio; es obligatorio el hecho de que comprenda el valor que tiene esa diversidad, el valor que tiene esa pluralidad. La tolerancia es la reivindicación de ese valor que no excluye el que uno pueda hacer críticas a estas cosas. Una de las más bobas y por lo tanto reiteradas observaciones que oímos todos los días, es eso de "todas las opiniones son respetables", menuda majadería. ¿Cómo van a ser respetables todas las opiniones? La opinión del que dice que dos y dos son cinco, no es igual de respetable que la que dice dos y dos son cuatro. Es evidente que todas las personas son respetables, es decir, que al que dice que dos y dos son cinco no se le puede por ello ni torturar ni maltratar ni encarcelar. Quizás no se le puede recomendar para una cátedra de matemáticas, pero por lo demás no se puede tomar ninguna represalia, digamos, contra esa persona. Las personas son las que son respetables, no las opiniones. En cierta medida, lo que nos debemos los unos a los otros, es decir, lo que pensamos de comportamientos, de actitudes, de ideas y eso forma parte de una sociedad plural. La tolerancia es, sin embargo, no perseguir u hostilizar o de alguna manera marginar socialmente a quien crea algo que a nosotros no nos gusta o nos parece incómodo. Naturalmente, esto dentro de un cierto límite. Es decir, se puede ser tolerante con quien tiene una religión distinta a la mía, pero no siempre que esa religión incluya el canibalismo como una variedad gastronómica más. Una cosa, insisto, es el ser tolerante y otra saber los límites. La tolerancia como todos los valores sociales tiene unos límites para ser eficaz, para ser real. La libertad de expresión es una cosa maravillosa, pero sin un teatro lleno como este: alguien se levanta y por broma grita "fuego, fuego" y causa una estampida de gente en la que mueren cuatro o cinco, pues le pediremos responsabilidades, a pesar de que el día que él gritó eso hizo pleno uso de su libertad de expresión. Todo tiene límites, todas las libertades y los valores para hacer reales, para ser reales en una sociedad real, tienen unos límites deter-

minados, la tolerancia y todo lo demás. Y, sobre eso precisamente es sobre lo que la ética, aliada con la ciudadanía, debe reflexionar. Yo creo que hay un campo importante y que no está codificado. Es decir, a veces a los profesores de ética, y quizás, tenemos nosotros la culpa de ello, se nos pide soluciones. ¿Qué dice la ética de esto? Mire usted, yo no tengo el teléfono de la ética para llamarla y preguntarle: “¿oiga, qué piensa usted de esto?” No lo sé, es decir, la ética es algo que estamos haciendo todos; todos estamos opinando y razonando sobre esa cuestión y nadie tiene una garantía de que sus ideas sean inamoviblemente mejores que las de los demás, por lo tanto, aquí lo que se abre es un debate. No hay un catálogo de soluciones, las cuestiones van enredándose cada vez más. La técnica, por ejemplo, avanza y cada avance técnico en el campo de la biología, en el campo de la genética, en el campo de otros instrumentos o de audiovisuales, armas o lo que sea, cada avance técnico plantea nuevos problemas morales, problemas éticos, inéditos, que no existían, e inútilmente buscaremos en Aristóteles solución al problema de la clonación humana. No se lo planteó porque no estaba en su campo de expectativas. Entonces somos nosotros; no podemos intentar de alguna forma revivir a los grandes pensadores para que piensen por nosotros. Nadie piensa por los demás. El problema es que el ciudadano no puede abandonar sus decisiones en manos de otros. Desde el punto de vista de la ciudadanía, todos somos políticos, todos tenemos que tomar decisiones, todos somos en cierta forma responsables de lo bien o mal que va la sociedad en que vivimos, y desde el punto de vista ético, nadie puede pensar por otro. Nadie puede decir “yo hago esto porque me han dicho que está bien y a mí no me pregunte usted”. No hay ley de obediencia de vida en la ética. Al contrario, el único deber que existe en la ética es precisamente la capacidad de criticar, de examinar por uno mismo y de valorar aunque luego llegues a la conclusión de que efectivamente la opinión mayoritaria es la mejor, pero tienes primero que haberla valorado por ti mismo. De modo que esta es la perspectiva que tenemos cuando se dice qué valores, qué nuevos caminos se abren a la humanidad ante el siglo XXI. Bueno, no lo sé porque no lo puedo saber, porque no hay nadie que pueda decidir de antemano, al margen de los demás seres humanos, al margen de la relación entre unos seres humanos y otros, al margen de la reflexión colectiva que se lleve a cabo, qué, por dónde, cómo vamos a evolucionar. La ética y la ciudadanía es, si se quiere, una escuela de perplejidad, pero también es una escuela de libertad; también es una escuela de autonomía y debería serlo también